

Corría la década del 1960 y yo estaba en la Universidad de Buenos Aires estudiando Ingeniería y Química a la vez. La UBA era un centro de estudios altamente valorado, posicionado a la cabeza de las altas casas de estudio de toda Latinoamérica.

Pero siendo una época en que las comunicaciones y las novedades no viajaban como lo hacen en el S-XXI, las noticias no llegaban con la celeridad actual.

Es así que a pesar de los laureles de la mencionada UBA, si bien llegaban a esta casa las novedades de la ciencia; no ocurría con la inmediatez en que se producían; sino que tan solo se podía seguir de cerca a las más desarrolladas universidades de Europa y Estados Unidos.

Por ello, cuando se van investigando y produciendo las primeras computadoras en los países desarrollados, a estas universidades latinoamericanas solo llegan las versiones; las noticias y alguna mención directa de la poca gente que había viajado y estado en contacto con estos nuevos prodigios.

Sin ir más lejos, una anécdota que muestra el retraso con que una Universidad del porte de la UBA mostraba, la viví personalmente cuando luego de un viaje relámpago de vacaciones que hice a Inglaterra; en una Estación de Trenes de Londres (para ser preciso la 'Victoria Station'), había comprado la novedad de una simple calculadora de mano. La más simple que había en el mercado de ese momento, y que hacía tan solo las operaciones básicas, pero que a mí me parecía una maquinaria de las que se describían en los cuentos de sci-fi. El hecho es que ese aparato ya comenzaba a tener cierta popularidad en Europa, pero no era tan conocida por las tierras del Sur. Por lo que cuando la traje a Buenos Aires y cuando regreso a las clases, recuerdo que en un parcial de Ingeniería Industrial, saco este adminículo para hacer mis cuentas y uno de los profesores que rondaban entre los bancos cuidando que nadie se copiara me pregunta alterado:

-¿Qué es eso? ¿De dónde sacaste ese aparato?

-¿Esta calculadora? La compré en la Estación Victoria – respondí

-¿La estación del Ferrocarril Mitre? (A lo largo del trayecto de ese ferrocarril argentino había una parada con ese nombre en San Fernando, en las afueras de Buenos Aires).

Con una sonrisa sobradora contesté:

-¡Estación Victoria de Londres!

A lo que el hombre se enfadó y me dijo alterado:

-Esos instrumentos no son confiables y no se permiten. Si quieres hacer tus cálculos los harás como lo hacemos todos desde siempre: ¡Usarás tu regla de cálculo!

La calculadora
del cuento



Mi Regla de Cálculo



Por supuesto que en la ocasión obedecí guardando mi pequeña calculadora y sacando de su estuche la vieja (pero querida) reglita de cálculo, con lo que pude terminar mi parcial sin más problemas o reprimendas; pero el episodio fue una muestra de mi pasión por todo lo que la tecnología iba desarrollando y por el hecho de que me encantaba estar al tanto de lo último de lo último.

Pasa el tiempo (no mucho), y el mundo comienza a hablar de la nueva magia que se extendía por todos lados: ¡**la computadora!**

Nunca había visto una de estas máquinas, pero las versiones, los decires y las anécdotas de los primeros que tomaban contacto con ellas y que tentaban entender cómo funcionaban y conocer todas sus virtudes se iban expandiendo como una plaga y la intriga y las ganas de ver y tocar a una de estas damiselas se iba tornando para mí, en casi una obsesión.

Sería el año 1972 o 73, cuando la O.M.S. en uno de los tantos contratos de corto plazo que me ofrecía para hacer trabajos puntuales en el campo de la ingeniería sanitaria, me envía a Paraguay para dar unos cursos sobre agregado de flúor al agua potable.

Voy, hago mi tarea y una noche antes de regresar a mi Argentina, el ingeniero sanitario que allí trabajaba como consultor estable de la OMS, me dice:

-Vente esta noche a cenar a casa y te voy a mostrar una maravilla que acabo de comprar.

-¿Qué es? – pregunto intrigado

-Ya verás! Es una maravilla maravillosa... – es su simpática respuesta

Cenamos y tomamos unas copas en una agradable velada cuando finalmente me dice:

-Llegó el momento de que veas cual es mi nuevo amor...

Y me conduce por un largo pasillo hasta un cuarto; su biblioteca. Y allí la veo: asentada como una valquiria del Valhalla en el centro del escritorio; aquella máquina que inmediatamente tuve la certeza que ésta, era la famosa 'Computadora'.

-Puedes escribir y ¡mira las cosas que me permite hacer! - Dice mi amigo con tanta excitación como la que yo tenía en mi cabeza.

El hombre escribe entonces en el teclado la línea: '**La Baca es ermosa**' palabras que aparecen en una especie de mini televisor situado junto a la maquina principal. Entonces mi amigo me dice:

-Fíjate Felipe, como aquí viene la magia – y tocando un par de teclas elimina la '**B**' y la reemplaza por una '**V**' a la vez que con la misma celeridad con que hizo el cambio, ahora le agrega una '**h**' a la palabra '**ermosa**', con lo que la frase queda perfectamente corregida:

'La vaca es hermosa'.

¡Sin goma borradora, sin corrector y sin tener que escribir sobre lo ya escrito! ¡¡Y por si eso no fuera suficiente, toda la corrección realizada en tan solo 3 o 4 segundos!!

Esto que así contando y en la época en que lo hago es nada más que una anécdota para una sonrisa y no mucho más; en ese momento fue como una revelación tan potente como si me hubieran dicho que se había comprobado ¡la existencia o la no existencia

de Dios; que nuestra Realidad es el sueño de un habitante de la Galaxia de Aldebarán o que el límite de la velocidad de la luz no son 300,000 Kms/seg sino 3 pasos por minuto!

Pasa algo de tiempo y en mi mente no se borra el recuerdo de aquella 'Baca' que mi amigo había corregido usando la nueva magia.

Para los años 70 ya comienzan a verse en algunas tiendas especializadas en Buenos Aires, con precios (no recuerdo las cifras exactas), pero que sin duda eran altos.

Viviendo en una ciudad pequeña de la Patagonia, las computadoras tardan en llegar, pero un día de 1981, al caminar por la calle me cruzo con un amigo, un ingeniero de bosques, quien me dice al pasar:

-¿Sabés Felipe que me compré una computadora? Es una Sinclair. Vení a casa para que la veas.

Como este muchacho vivía a menos de 200 metros de mi hogar, a la tarde fui con mis dos hijos varones de 9 y 7 años para conocerla. Se los veía ansiosos a los niños pues ellos también habían oído hablar de estos nuevos instrumentos pero nada sabían en realidad sobre ellos.

La Sinclair era una pieza básica y pequeña que había salido al mercado en 1978 y no era más que una caja negra, achatada, con un teclado incluido. Toda una incógnita.



Sin embargo, sin tener idea alguna de que tendría esa cosa dentro, y de cómo manejarla, nos quedamos yo con mis dos hijos mirando con cara de bobos como adorando al Dios del Viento o de las Nubes; sin decir ni una palabra, pero entendiendo que teníamos delante nuestro, algo que simplemente dicho... era... ¡el Futuro!

Pasan casi 2 años de esta nueva visión, cuando en Julio de 1983 me llaman de la OMS para hacer un nuevo trabajo; un recorrido por varias plantas potabilizadoras de agua en Estados Unidos. Hago mi trabajo y a mi regreso a la Patagonia, decido pasar un día y una noche en Miami.

Estados Unidos que estaba a la cabeza en la producción y uso de las computadoras, ya tenía varias tiendas en las zonas comerciales de las ciudades más populosas, donde se vendían estas máquinas. Así que aquella tarde tomo un taxi hasta el Aventura Mall y entrando en una tienda especializada me deleito con las distintas PCs que se mostraban en los estantes.

Hablo con un empleado que me orienta lo necesario en sus características, como se conecta y lo básico en lo que fue la programación inicial. Hay que recordar que el sistema operativo era básico y obviamente no existía nada como el Windows, el Office con todas sus opciones y los miles de programas y aplicaciones de hoy en día.

Durante la estadía en la tienda, me doy clara cuenta que tendré que estudiar muy bien a esta nueva máquina; pero la excitación es tan grande que sin preguntar todas las cuestiones que rondaban en mi cabeza, termino la visita saliendo de la tienda con un

enorme paquete conteniendo dentro una **COMMODORE 64**; computadora que había salido al mercado americano unos pocos meses antes, en agosto de 1982.

El asunto es que el paquete en cuestión, tenía entonces un tablero o keyboard, con toda la parte del sistema escondida dentro de él, más una unidad para disquetes flexibles de 8 pulgadas. Solo faltaba allí el monitor; pero en mi paso por Buenos Aires un amigo que ya estaba en esto, me ayuda a comprar allí lo que parecía un televisor pequeño y que en ese momento solo era en blanco y negro.

En un par de días llego a nuestro hogar en Esquel, Provincia del Chubut, (Argentina), en donde orgullosamente somos la familia que posee ahora, la segunda computadora del pueblo en cuestión.



Tal vez por el entusiasmo de mis hijos, tal vez por el mío, más lo que mi amigo de la Sinclair promovía, rápidamente se fue produciendo casi una explosión de gente que también quería saber y tener su computadora. Visitas a nuestra casa de amigos míos y de mis hijos para ver y tocar la Commodore eran comunes. Y luego ya sabiendo que estos elementos eran como los perros y gatos, todo el mundo quería tener su mascota. Y en poco tiempo a nuestra compra siguieron otras y otras.

Mi amigo, el ingeniero de la primera Sinclair ya tenía 3 máquinas y había armado una escuelita para enseñarle las cuestiones básicas a quienes quisieran; sobre todo a todos aquellos que habiendo comprado una PC no tenían ni idea de cómo se operaban.

Mis hijos Pablo y Javier fueron de los primeros en ir a la novel academia y comenzaron a aprender lo más inicial de la programación, haciendo los primeros pininos sobre el único (o uno de los pocos) sistemas operativos: el Basic, que era en ese tiempo el lenguaje de programación que permitía realizar (al menos en el nivel de los que comenzaban), algunos algoritmos simples pero simpáticos (ej.: 'Si al número 10 le sumo un 2 y luego al resultado le sigo sumando el valor de 2 durante 20 veces más... ¿qué resultado obtengo?').

El entusiasmo fue tan importante que en poco tiempo ya había en el pueblo un montón de gente que se comunicaba pasándose disquetes en donde habían escrito programitas, que en poquísimo tiempo pasaron a ser moneda corriente.

Tal es así, que en esa época, tuve que hacer otra consultoría para la O.M.S en Ginebra. Me habían contratado para que escribiera un manual técnico y me querían tener allí en la Oficina Central de la Organización.

Para ello, viajé a la capital suiza, me hospedé en el hotel adonde siempre iba (el Hotel Rousseau) y el primer día de trabajo me instalo en un escritorio que me habían asignado. Llevaba unos cuantos libros y apuntes que sabía iba a necesitar y justo cuando iba a comenzar con mi trabajo, tomando uno de los libros, veo que al abrirlo se cae un pequeño trozo de papel. Era un escrito que mi primogénito Pablo había colocado para

que cuando abriera el libro yo lo encontrara. Era un algoritmo en Basic que decía exactamente:

```
10 Print "♥"  
20 Print: "Que te vaya bien"  
30 Print: "¡Suerte!"  
40 Print: "Te quiero mucho"  
50 Print: "Go to 10"  
  
Press 'Run' (Enter)
```

Algo así como un mini programa que producía un loop, en donde la computadora escribiría las líneas: ' ♥ - Que te vaya bien - ¡Suerte! - Te quiero mucho'; y eso lo repetiría una y otra vez hasta el infinito (o hasta que se detuvieran las reproducciones de los loops con una nueva pisada en el Enter).

Luego de esta hermosa muestra de amor filial, las andanzas de la familia basadas en lo que lentamente íbamos descubriendo, fueron avanzando y padre e hijos aprendíamos los secretos de las máquinas del futuro.

Pero llegó el momento en que varios amigos del pueblo, poseedores de nuevos ordenadores, comenzaron a mostrar escritos que salían de otra máquina maravillosa que era un apéndice de las computadoras. Tales escritos salían perfectamente escritos de un elemento agregado; el que, junto con la PC, la grabadora y lectora de disquetes, más el monitor, configuraban el paquete completo. Es que me estoy refiriendo a las recién nacidas... IMPRESORAS.



Y así fue, como un par de años más tarde, en un viaje a Buenos Aires, se compra nuestra primera impresora, una Epson MX-80.

Llevarla al sur y ponerla a funcionar (a pesar de que no parecía tan difícil), quizás por ser algo tan nuevo, significó casi una hazaña ciclópea; pero finalmente, luego de muchas pruebas, una tarde en que caía suave la nieve en el jardín, conseguí que emitiera la primera impresión y pensé que siendo ése un momento verdaderamente histórico, debía, cuando menos, dejar algo plasmado para que el recuerdo sellara y señalara ese hito que era un punto de cambio, no solo para mí, para nuestra familia y hasta se podría decir que para el mundo entero.

Pues esa primera carta era la muestra (y ahora sí que era la muestra perfecta) de lo que el mundo traía desde ¡el mismísimo... futuro!

La carta inaugural que escribí la transcribo a continuación:

Pablo, Javier y Huenú Solsona,
Esquel, Chubut, Argentina

Queridos hijitos:

Hoy es 24 de septiembre de 1985.

Estoy solo en el altillo de casa con la computadora; aprendiendo a usar la impresora y el procesador de texto.

Esta carta es muy especial, pues es lo primero que escribo con estas máquinas que van a revolucionar nuestra vida; y por eso hay algo de extraordinario en ello. Porque es un símbolo. Esta carta va a ser un verdadero símbolo en vuestras vidas, en mi vida, así como en la de todos.

Vds. van a trabajar con ellas y van a sentirlas como herramientas comunes y diarias. Serán parte de sus vidas. Pero para mí, son una novedad maravillosa que me adentra en el futuro con que alguna vez soñé cuando era chico.

Y esta carta también tiene un sentido especial, pues al ser lo primero que escribo con un sistema computacional total, quería que no se perdiera, ya que es trascendente, y quería también que quedara como un recuerdo de amor.

Porque con este primer trabajo de nuestra computadora les dejo todo mi cariño y el deseo de que cuando dentro de muchos años lean estas líneas, se acuerden con mucho amor de su primera máquina del futuro y también de quien tanto los quiere.

Papá

Demás está decir que de esta forma fue como mis hijos y yo comenzamos una relación que duraría toda la vida. Es que en esa vida, había entrado para quedarse...la
¡Computadora!